

## AGENDA CIUDADANA

### ¿UN “DESTINO SOVIETICO” PARA EL PRI?

Lorenzo Meyer

**Hipótesis.**- Al final, la Unión Soviética no fue destruida por su gran enemigo externo, el capitalismo. Se destruyó ella misma; el enemigo era interno. Pues bien, lo mismo le pudiera ocurrir al PRI.

En el colapso de la URSS hubo agentes externos que aceleraron la sorprendente implosión del gran imperio soviético, y lo mismo le pudiera ocurrir al PRI. Sin embargo, en ambos casos el factor externo no bastaría para explicar el desenlace. Entre los factores que desde fuera acabaron con la URSS se encuentran los enormes costos de imponer y consolidar el régimen bolchevique a partir de 1917. Luego hay que sumar el enorme costo de la guerra contra la Alemania nazi. Finalmente, el descomunal esfuerzo que significó la “guerra fría”. Sin embargo, la explicación fundamental de la desaparición de la “patria del socialismo” reside en sus enormes contradicciones internas; en la insalvable distancia moral entre el discurso libertario y la brutalidad del ejercicio de un poder totalitario en beneficio de la “clase política”, de los *apparatchiki*.

Con las salvedades necesarias, el diagnóstico anterior se le puede aplicar al PRI. En efecto, hay elementos externos que juegan en contra del partido que por 71 años ininterrumpidos controló la presidencia y que en un buen número de estados --el Estado de México o Oaxaca, por ejemplo-- lleva ya 76 años de hacer lo mismo. Una de esas fuerzas externas que juegan contra el PRI, es el triunfo de la democracia política formal en América Latina y lo anticuado que quedó el sistema priísta a partir de los 1980. Por otra parte, tras la desaparición de la URSS, Estados Unidos ya no se sintió obligado a mantener, por razones de seguridad, su apoyo al régimen autoritario de mayor estabilidad en el

subcontinente latinoamericano: el del PRI. Otro hecho, fue la “cláusula democrática” que México aceptó al firmar el tratado de libre comercio con Europa.

En el plano interno, el propio desarrollo social –urbanización, educación, etc.— transformó al México de la época en que el PRI reinaba como fuerza absoluta en otro donde las clases medias reclamaron una mayor libertad política –de ahí 1968 y sus consecuencias— y se asentó una atmósfera contraria a la prolongación del monopolio político. El fracaso del modelo económico que llevó a la crisis de 1982 y el mal manejo del nuevo modelo –el neoliberal— exigieron sacrificios que no resultaron en el crecimiento económico prometido, lo que aumentó las franjas de descontentos. Además, la revolución en las comunicaciones permitió que cada vez más mexicanos se informaran de los cambios en el gran mundo externo y los compararan, desfavorablemente, con lo que sucedía dentro. Finalmente, todos esos factores se combinaron para alentar la existencia de organizaciones políticas de oposición que desembocaron en una “insurgencia electoral”.

Pese a la importancia de los cambios externos, es su propia naturaleza --su notable fidelidad a los orígenes-- el principal obstáculo para que el viejo partido autoritario retorne a la presidencia en el 2006. No obstante, la traumática experiencia de haber sido echado de “Los Pinos”, el PRI pareciera decidido a no cambiar, a seguir siendo lo que siempre fue: un partido tramposo, refractario a la democracia y refugio de los que sistemáticamente han abusado del poder. Esa devoción a la estirpe es lo que le ha impedido cambiar, adaptarse al nuevo ambiente de democracia en proceso de consolidación y, sobre todo, le está impidiendo aprovechar la oportunidad única, de oro, que le ofrece el fracaso relativo del foxismo. Fracaso que el propio PRI contribuyó a construir y consolidar pero que pareciera no querer explotar.

**Meras Hipótesis.-** Lo único cierto en esta etapa inicial de la contienda electoral del 2006, es la incertidumbre. La única predicción posible es que la campaña va a ser dura y sucia –una guerra en la que no se van a tomar prisioneros–, pues los contendientes están muy divididos en sus intereses y visiones del mundo. De tiempo atrás los tres grandes partidos en competencia –y quienes les apoyan— no ven al rival como simple adversario sino como un auténtico enemigo a destruir. Fuera de lo anterior, todo es aún especulación pues las predicciones son imposibles.

**Una “Segunda Oportunidad” Inesperada.-** Una vez que la fuerza de las circunstancias obligaron a Mijail Gorbachov a lanzar sus políticas de cambio en la URSS –Glasnost y Perestroika— la cadena de reacciones políticas se salió de su control. La Europa Oriental escapó al dominio de Moscú, el Muro de Berlín fue echado abajo y las fuerzas centrífugas se impusieron. El viejo orden simplemente se desmoronó y en 1996 lo que quedaba de los comunistas soviéticos, encabezados por Gennady Zyuganov, intentaron montarse en la desilusión con la democracia para recuperar el poder por la vía electoral pero fracasaron. Como partido, fue esa su gran y última oportunidad.

En México y para el PRI, las cosas parecieron marchar por el camino ruso. Tras siete decenios de ejercicio ininterrumpido y no democrático del poder, en el 2000 el destino pareció alcanzar finalmente al PRI. Una sociedad y un entorno mundial cansados de la corrupción, la ineficacia y las prácticas antidemocráticas, llevaron al éxito a un largo proceso de transición política. En julio de ese año el candidato presidencial priísta fue derrotado por un abanderado de la derecha democrática. Para entonces, el viejo partido oficial ya no podía recurrir, como en el pasado, a la fuerza y al fraude para detener al adversario y tuvo que reconocer su derrota. Aún cuando pudo conservar una mayoría relativa en el congreso y un buen número de gobernadores, era evidente que, carente de la

guía y apoyo que siempre había tenido en la institución presidencial, el PRI estaba desmoralizado, le faltaban los abundantes recursos materiales del pasado, se mostraba abiertamente dividido y al borde del colapso.

Al inicio de su gobierno, el triunfador, Vicente Fox, tuvo la posibilidad de usar su enorme capital político y el igualmente enorme desprestigio del PRI, para maniobrar y dividir al viejo partido de Estado hasta dejarlo en una situación similar a la que hoy se encuentran el grueso de los partidos comunistas de la Europa Oriental. Sin embargo, todo indica que desde antes de asumir el poder, cuando aún era presidente electo, Fox decidió oír a aquellos de sus asesores que le aconsejaron no iniciar ninguna acción de fondo contra el PRI –no usar la larga y rica historia de corrupción para llamar a cuentas a algunos cabecillas y darle así la puntilla al partido creado desde el poder en 1929. El foxismo se propuso, en cambio, apoyar la unidad del partido vencido y ayudarle a sanar algunas de sus heridas, con la esperanza de negociar con sus dirigentes un acuerdo informal pero efectivo para a “cogobernar el cambio” –esa oferta se la formuló Fox a Roberto Madrazo en ocasión de la visita del priísta a “Los Pinos— y neutralizar a un adversario común, a ese que en 1988 casi tomó el poder: la izquierda cardenista.

La historia que siguió es muy conocida y se puede resumir en pocas líneas. El dinosaurio priísta aprovechó los titubeos de quien le había herido, se recuperó rápido, bloqueó sistemáticamente los proyectos legislativos de Fox, cohesionó a sus gobernadores, cuestionó de manera sistemática al presidente, y para 2003 lo desafió en las urnas y pudo echar por tierra el proyecto foxista de armar una mayoría propia en el congreso. Cuando finalmente la presidencia decidió fomentar la división del priísmo por la vía de Elba Esther Gordillo y el SNTE, ya fue tarde.

En el 2003 el presidente, pese a mantener un buen índice de popularidad personal, no logró movilizar a los electores para que le dieran una mayoría panista en el congreso. La desilusión con el llamado “gobierno del cambio” ya era para entonces tanta, que el 53% de los mexicanos con derecho a voto simplemente se quedaron en casa y no atendieron el llamado del presidente a las urnas. Fue así que, con un respaldo verdaderamente minoritario, el PRI volvió a quedar como mayoría relativa en el congreso y luego se reafirmó en los estados. El destino y la política foxista le dieron entonces al viejo partido antidemocrático una segunda e inesperada oportunidad.

Según las encuestas de entonces, el PRI estaba adelante en las preferencias electorales. Los priístas mantenían el control de la mejor maquinaria para movilizar a sus bases hacia las urnas, y se abrió la posibilidad de que, por primera vez, el PRI llegara al poder por la vía de auténticas elecciones. En ese caso, el gobierno de Fox no sería otra cosa que el breve y necesario interludio --un pequeño purgatorio--, para que el antiguo partido de Estado se lavara la cara y recargara sus baterías con legitimidad democrática y volviera a asumir el mando político de México. En el 2003 y desde la perspectiva del PRI, el futuro aparecía magnífico, increíble.

**Misión Imposible.**- Para aprovechar a fondo la oportunidad histórica creada por el pobre desempeño del gobierno y la persistente debilidad del PRD, el PRI requería mostrar unidad y capacidad para elaborar una plataforma política que fuera, a la vez, sugestiva y creíble. Sin embargo, lo que más necesitaba era encontrar una figura particularmente atractiva para presentarla como alternativa frente al PAN y al PRD.

El candidato priísta adecuado al momento histórico y a la altura de las circunstancias tendría que haber combinado varias características. En primer lugar, no excitar la animadversión a fondo de ningún sector de su propio partido. Contar con

experiencia política sustantiva, que contrastara con el fracaso de los que habían llegado a la política apoyados en biografías hechas en otros campos (en el de la empresa privada, por ejemplo). Poseer una personalidad capaz de despertar la imaginación tanto de los sectores populares —que son la mayoría y muy agraviados— como de las angustiadas clases medias, preocupadas por la erosión de sus bases materiales. Al mismo tiempo, debería evitar los temores entre sus aliados tradicionales: los empresarios, en particular los muy poderosos círculos del gran capital nacional y externo y la jerarquía católica.

El abanderado ideal del PRI para aprovechar a fondo la posibilidad de recuperar la presidencia en el 2006 tendría que apelar a posibilidades futuras y enterrar, en lo posible, la larga historia pasada, la autoritaria y antidemocrática. La elección interna de esa organización requería candidatos con una biografía, si no perfecta, sí aparentemente ajena a la enorme, legendaria, historia de inmoralidad y corrupción del partido. Debería desechar a quien estuvieran bajo sospecha de enriquecimiento personal, familiar y de grupo, al estilo Carlos Hank Gonzáles. También, rechazar a aquellos manchados por el fraude electoral en gran escala, la manipulación y el juego con dados cargados al estilo Carlos Salinas. Finalmente, una buena preparación teórica y una evidente capacidad intelectual que contrastara positivamente con los integrantes del actual gobierno, le hubieran venido muy bien al hipotético personaje.

Quien sabe si exista el candidato priísta con las características descritas, quizá no. Lo que si es seguro es que el PRI no intentó encontrarlo y la oportunidad histórica de explotar en su beneficio el fracaso del foxismo ya no existe. Al final se impuso la naturaleza profunda de ese partido, lo que le llevó a parir dos precandidatos --Arturo Montiel y Roberto Madrazo— que resultaron la suma de las peores características priístas. Y hoy, tras una breve pero dura lucha en las sombras, sólo queda uno.

**Sin Medias Tintas.- Finalmente, en julio próximo, el elector mexicano tendrá, ante sí, a representantes reales y efectivos de los tres grandes partidos: personajes abalados más por sus biografías que por programas. En esas condiciones, nadie como Madrazo para encarnar la quintaesencia del priísmo. Sólo los ciudadanos dirán si la implosión del viejo partido autoritario acabará por impedir que retome el centro del poder en México.**